

Clericalismo

En el diario acontecer político, el país se ha ido acostumbrando como algo normal y natural a que los sectores opositores al régimen, incorporen a la Iglesia como un elemento de apoyo a sus posiciones. Las Cartas Pastorales, las prédicas y sermones, las entrevistas a la jerarquía, las acciones de las distintas vicarías, etc., son elementos tangibles del actual debate político. Esta situación, que lejos de disminuir se acrecienta, ha ido creando en los sectores opositores un grado tal de dependencia con respecto a la Iglesia que ya casi no pueden hacer planteamientos políticos sin involucrarla. Sectores tradicionalmente laicos e históricamente anticlericales han buscado también en ella la protección a sus planteamientos y acción.

El país conoció, hasta el año 1925, la influencia excesiva del clero en los asuntos políticos con la consiguiente sumisión a sus directrices de amplios sectores civiles. El Gobierno de don Arturo Alessandri y la

Constitución Política de 1925 pusieron término a este mal que tanta desigualdad provocaba en la vida política nacional. Con la llegada de la democracia cristiana al poder, el año 1964, se volvió a revivir, aunque parcialmente, este fenómeno.

El establecimiento del Gobierno de las Fuerzas Armadas y la formación de un sector opositor encabezado por la democracia cristiana, colectividad proclive al clericalismo y muy ligada a la autoridad eclesiástica, impulsó a este sector a refugiarse en la Iglesia. Tras esa colectividad, otros sectores opositores y críticos han seguido la misma corriente y con ideologías muy distantes al cristianismo han buscado también su paraguas protector en la Iglesia.

“Chile no quiere ver a su Iglesia dando señales equívocas o comprometida por la diaria lucha política.”



Chile es un país mayoritariamente católico, que no quiere ver a su Iglesia dando señales equívocas o sintiéndola aprisionada y comprometida por la diaria lucha política ni

menos abanderizada con un determinado sector.

La Iglesia y su Jerarquía deben situarse por sobre nuestra vida cotidiana y señalarnos sólo las grandes directrices morales y pastorales que deben guiar nuestra acción pública y privada.

El país ha progresado mucho, está más preparado y se ha tornado exigente y crítico. Mira con confianza hacia el porvenir y no quiere volver a ninguna de las prácticas del pasado, las que han quedado superadas por un nuevo estilo de vida y por la implantación de un nuevo modelo de sociedad, que ha cambiado radicalmente la mentalidad y las prioridades de nuestro pueblo.

Entendemos el papel de la Iglesia, apreciamos la labor de nuestros Pastores y es por ello que queremos que recupere su grado de libertad e independencia. Así, dejando de ser parte interesada o comprometida del proceso político, podrá ubicarse como un gran “árbitro nacional”. Los países requieren de instituciones o figuras que estén por sobre las desgastadoras luchas diarias. En Chile, ese rol lo ha jugado la Iglesia y queremos que en momentos cruciales de nuestra vida sea capaz de volver a desempeñarlo.